

DE LA SERIE, SUEÑOS DE AMOR NO CORRESPONDIDO:

MIGUEL.

De Sáinz-Rozas

Llovía con profusión cuando unidades de la Sexta Brigada de Navarra entraron en el pueblo. Era una lluvia fina y persistente que en el transcurso del día había calado en los cuerpos de todos los soldados. El agua, chorreando desde la boina, se deslizaba por el cuello terminando por empapar el pecho y la espalda. En un recodo a la entrada del pueblo, unos raros vehículos blindados, aunque de formidable aspecto, servían de refugio a un variopinto grupo de soldados. Habían desplegado sus capotes en batería, y a su cubierto comían pan y sardinas en lata, atizándose a cada rato un buen trago de vino de la bota que portaban. Los fusiles, fríos y húmedos, reposaban a su vera en particular pabellón. Más a la derecha había una huerta, y un pozo tras unos manzanos repelados. Un soldado ojeroso, subidas las solapas de su capote, contemplaba ensimismado la tapa de madera del pozo. Un limaco se deslizaba por ella dejando un rastro brillante que prontamente limpiaba la lluvia. El soldado llevaba el correa por encima del capote, de suerte que este se le agrandaba en los hombros dándole una apariencia más gruesa de la que en realidad le correspondía por su constitución. Sonaron algunos morteros que cayeron a un par de cientos de metros, donde la infantería aguardaba, al resguardo de unas tapias de piedra, el momento de avanzar. Tras los morteros se inició un tiroteo en el que destacaba el tableteo de una ametralladora. Después, cañones del quince y medio —la leona— comenzaron a martillar las posiciones nacionales. La tropa se tiró al suelo, todo el mundo sabía que el belga que dirigía la batería roja tenía una puntería endiablada. Sin embargo, esta vez el cañoneo duró poco y no hubo que lamentar bajas. Las tropas nacionales se encontraban a la espera de un claro en las nubes que permitiera a la aviación desalojar a los gudaris de unas colinas cercanas.

El soldado que se encontraba junto al pozo parecía completamente ajeno al frente, en realidad estaba de suerte. Un flamante pase para pasar un permiso en Burgos se hallaba en su bolsillo. Y aun formando parte del escenario bélico, él estaba un poco ausente. Lo único que verdaderamente le interesaba era ver aparecer el camión que le alejaría de los combates. Después..., quince maravillosos días en casa, ¿no era para sentirse dichoso?

Para hacer tiempo caminó por una de las empedradas calles del pueblo que conducían a las afueras. En una plazuela, los sanitarios habían instalado un improvisado puesto de socorro. Varios heridos reposaban sobre camillas esperando la evacuación. Había también prisioneros rojos, incluso heridos. Tenían los ojos bajos y gemían en sordina, como si su condición e incierto destino no les permitiera aye alguno.

—¡Tranquilo, tranquilo! —le susurraba un gudari a su compañero herido en el vientre. Otro, que parecía ileso, se levantó al paso del soldado y le pidió tabaco.

—Ya hemos luchado por Euskadi —le dijo apenas recibió el pitillo.

Al soldado no le cayeron bien aquellas palabras.

—¿De dónde eres? —le preguntó al gudari.

—De Bilbao, me reclutaron hace unos meses, pero para mí ya se acabó la guerra.

Y le contó que su familia tenía parientes en la zona nacional, que ellos eran de derechas y otras cosas más.

Pero al soldado no le gustó su charla nerviosa y meritoria y le dejó plantado. Algunos paisanos estaban asomados a los dinteles de las casas y mano contra mano preguntaban a uno y a otros por el paradero, suerte o infortunio de fulano o mengano. En eso se le acercó una mujer.

—¡Miguel...! —le espetó.

—¿Miguel? Me confunde usted.

La mujer tenía los ojos claros, casi transparentes. El cabello trigueño y la piel limpia y sonrosada. En su cara se dibujaban las emociones de su equívoco.

—¡Miguel! —repitió. Y ante el asombro del soldado la mujer perdió todo su color y cayó desmayada.

Se apresuró a recogerla. La sostuvo a duras penas y con ayuda de algunas comadres, la sentaron en unas escalinatas hasta que poco a poco se reanimó.

—Creo que me confunde usted —le insistió el soldado.

—¿No eres Miguel?

—No. Me llamo Anselmo.

—Eres igual que él, que Miguel —aseguró ella.

—¿Un soldado, quizá? —aventuró Anselmo.

—Murió...

—¡Ah!, lo siento.

Se habían quedado los dos solos bajo los sopórtales de un caserón. Seguía lloviendo y sin visos de escampar. La mujer llevaba un sobretodo aviejado que chorreaba.

—¿Es usted del pueblo? —le preguntó el soldado.

—Aquí nací.

La mujer no dejaba de mirarle, en sus ojos, Anselmo adivinaba el dolor, la sorpresa de la falsa reaparición. Se sentía incomodo y apenas sabía que mentar.

—Lo siento mucho —volvió a decir, e hizo ademanes de marcharse—. Estoy esperando un camión.

—Eres igual que él...

Anselmo asintió.

—Quizá lo hayas conocido.

El soldado iba a decir que no, que nunca había conocido a nadie que se le pareciera.

—Te enseñaré una fotografía. Vivo aquí al lado.

—Bueno...

La mujer le contó que la mayor parte de los habitantes del pueblo habían huido, pero que ella decidió quedarse, que ya no tenía nada que perder. Y Anselmo, que había oído esta historia tantas veces y de tantas bocas entristecidas, sólo supo confirmarlo con la cabeza.

La casa presentaba impactos de bala. Los cristales de los ventanales estaban rotos y el ennegrecido marco del portón fuera de los goznes. Había casquillos esparcidos por el zaguán. Ella entró dentro de la casa y Anselmo se sentó en un poyo de piedra. Olía a requesón y a heno. Un gato completamente blanco dormía hecho una bola sobre una manta vieja. Mientras tanto se lió un pitillo.

—Mira —dijo la mujer de vuelta con la foto.

Se trataba de una fotografía ya antigua, pequeña, encanecida en sepia y con el borde quebrado. El retratado era un apuesto mozo de facciones norteñas. No le encontró ningún parecido, bueno, quizá los ojos...

—¿Verdad qué sois iguales?

—¿Eh...? Sí, sí —respondió Anselmo algo confuso—. No lo conozco. Nunca le había visto... ¿Su marido?

—Murió hace unos meses, en Irún.

Anselmo no se atrevía a preguntarle en qué lado, aunque tampoco le importaba mucho. Comprendía los sentimientos de la mujer, pero ardía en deseos de marcharse. El pase de su bolsillo le incapacitaba para acercarse al drama. No obstante, tampoco tenía valor para despedirse de la mujer por la buenas. Esta le invitó a pasar, le enseñaría más cosas, si acaso quería tomar algo o secarse en el fogón.

Sin darse cuenta se encontró sentado en un taburete, despojado del húmedo capote y con un pedazo de pan y de queso en la mano. La mujer hablaba. Que perdonara la confusión, que de dónde era, si tenía madre o novia...

El calor de la cocina le reconfortó. Agua, sal y un lugar junto al fuego. Las obligaciones de los paisanos para con la tropa. En la charla de la mujer, Anselmo comenzó a dar cabezadas, y ésta le dejó porque sabía que los soldados se duermen en cualquier parte.

Anselmo roncaba ligeramente, un resoplido suave pero homogéneo, propio de los hombres que duermen a la

intemperie. La mujer, que había recobrado su compostura de ama de casa, le arropó con una manta de cuadros verdes y negros, luego tendió el capote en el cordel que corría de pared a pared de la cocina y lo dejó secarse. Derrochaba ahora actividad. Cortó pan y preparó una sopa para la cena. A veces se quedaba prendada del reposo del soldado, le miraba tontamente y para sí murmuraba palabras en su lengua vernácula, después reanuda sus labores con más brío.

No mucho rato más tarde, Anselmo dio un respingo y se despertó con cara de no saber dónde estaba.

—Te quedaste dormido —le tranquilizó ella.

El soldado consultó su reloj. ¡El camión! —se dijo. Y con gestos apresurados y murmurando excusas incomprensibles recogió la boina, el correaje y su capote dispuesto para marcharse.

Hice de cenar —musitó la mujer mirándole a los ojos.

—No, no..., no puedo..., me voy de permiso. A casa.

—¿A casa?

—Adiós...

Ella no dijo nada, se quedó sentada viendo como Anselmo se ponía las trinchas. Un par de veces sus miradas se cruzaron.

—Te pareces tanto... —dijo finalmente.

Adiós, quizá nos volvamos a ver.

Caminó a grandes zancadas por las ya oscuras calles del pueblo. El tiroteo había cesado al igual que la lluvia. De los montes cercanos se elevaba el vapor blanco de la evaporación y en el cielo se abrían claros. Tropas de infantería con sus oficiales a la cabeza entraban en el pueblo. Todos eran muy jóvenes. Un alférez de lampiño rostro daba órdenes con mal humor. Estaban cansados y querían encontrar refugio antes de que cayera la noche. "Alférez provisional, cadáver efectivo", pensó Anselmo, molesto por las voces del oficial.

Cuando alcanzó el puesto de mando de su compañía se llevó un gran disgusto, el camión había partido no hacía escasamente un cuarto de hora. Aquello le crispó los nervios. ¡Maldita mujer! Estuvo buscando un vehículo que al menos le acercara a Vitoria. Recorrió todas las compañías. Intentó por todos los medios encontrar algún coche particular, pero fue en vano. Hasta el día siguiente no había nada qué hacer. No quiso probar el rancho que le ofrecían sus camaradas, ni tampoco aceptó un improvisado lecho en un pajar. Estoy de permiso —se decía—, poca cosa soy si no consigo alojamiento y cena decentes. Tenía unas pesetillas y confiaba en encontrar alguna tasca o taberna cerca del pueblo, o quizá alguna cocina ambulante. Mas fue inútil. Vagó por las desiertas callejas encontrándose sólo a ratos grupos de soldados y requetés apretujados alrededor de preciosas botellas de coñac, de las que había donado Domecq.

¿Quién me mandaría a mí...? —pensaba recordando a la mujer. Y en estos pensamientos, le vino a la cabeza que si ella era parcialmente culpable de que hubiera perdido el camión, también podía solucionar parte de su problema, dándole cena y cama por una noche. Ella misma se había ofrecido a invitarle a cenar. ¡Eso es!, iré para allí, aguantaré su charla triste, pero al menos podré cenar caliente y dormir a cubierto.

No fue tan sencillo, se despistó y no pudo encontrar la casa ni la calle. Para colmo empezó a llover de nuevo. Se refugió en un portal y lió un pitillo con parsimonia calibrando lo desafortunado de su situación. Por un callejón le llegó el sonido de un motor. Era una camioneta que subía penosamente la empinada calle. Iba cargada de presos, paisanos y militares. Un par de requetés los vigilaban. El vehículo no tenía toldo y guardias y presos aguantaban la inclemencia con parejo estoicismo. Desaparecieron remontando la plaza. Acababa su pitillo cuando oyó la descarga. Luego algunos tiros sueltos. Al rato regresó la camioneta, ahora vacía, un poco después el pelotón de ejecución. A su frente venía el alférez que anteriormente se encontrara. Lo saludó sin ninguna energía, y el joven oficial le devolvió el saludo con cara de pocos amigos.

—¿Qué haces aquí, soldado? —bajo la guerrera se le veía la camisa azul.

Y Anselmo le explicó su caso.

—Regresa a tu compañía —le ordenó el oficial—. No quiero verte por el pueblo.

Con paso cansino, Anselmo les siguió. Dejó varios metros entremedias, por nada del mundo quería que le confundieran. ¡Buena hazaña!, se decía. Los primeros tiros: ¡un paseílllo! ¡Vaya un emboscado!

Al girar la vista a un lado volvió a ver a la mujer. Les miraba pasar desde la penumbra de la puerta de su casa. No le reconoció en la oscuridad. En una esquina, Anselmo cambió de rumbo, dejó que el pelotón se alejara y regresó a la casa de la mujer. Allí seguía, viendo caer la lluvia.

—Buenas noches —murmuró Anselmo.

—¡Ah!, eres tú...

—Perdí el camión, y ya hasta mañana...

La mujer no decía nada, le miraba sin expresión. Tenía un rostro bonito aunque algo espantado, pero todo el país sufría de espanto.

¿Has cenado? —le preguntó ella.

Le invitó a pasar. El gato le recibió con curiosidad, le olisqueó las polainas pero no se dejó acariciar. Ella ya había cenado. Le dio un plato de sopa y un trozo de pan. Mal debían ir las cosas, porque el trozo era muy escaso. También comió algo de queso. Se echó un cigarro cerca del fogón.

—Así que eres de Burgos...

Sí.

—¿Eres falangista?

—No. Estaba cumpliendo el servicio.

—Te daré unas mantas, puedes dormir al lado de la lumbre.

La mujer se retiró. Anselmo extendió las mantas y despojándose del calzado y de parte de las ropas, se arrebujó como mejor pudo, dispuesto a pasar la noche sobre el suelo de la cocina. Desde la distancia, al gato le relucían los ojos. Husmeaba por los rincones.

No tardó en conciliar el sueño, se había puesto las botas por almohada y a media noche se despertó. El gato las arañaba.

—¡Quita, gato! —y le dio un manotazo.

La casa estaba en silencio, la lumbre se había apagado y hacía frío. Se puso la guerrera de nuevo y trató de volver a dormirse. Le pareció oír un suspiro o un llanto. Aguzó el oído, pero no volvió a sentir nada. Se dio una vuelta y entonces lo oyó otra vez. Se encaramó para escuchar mejor. Sí, era un gemido, alguien que se lamentaba. ¿Le ocurrirá algo?

Un nuevo gemido le hizo estremecerse, notó su presencia muy cerca. Fue eso lo que le hizo levantarse. Comprendía que la mujer pudiera sollozar por las noches, pero había algo más...

Un pasillo partía de la cocina, una puerta que daba al establo y una escalera hacia el piso de arriba. Pero no tuvo que subirla. Sentada en el rellano estaba la mujer.

—Se va a quedar helada.

Llevaba un camisón cerrado de los pies a la cabeza.

—Miguel... —gimió.

Anselmo dio un paso atrás. Ella se alzó y bajando precipitadamente las escaleras le echó los brazos a la cintura.

—Miguel...

Quiso desasirse, la persistencia de su confusión le turbaba, no sabía qué hacer. La mujer reposó la cabeza en su pecho y así se mantuvo quieta. Entonces, Anselmo sintió que un agradable calor le abordaba, y sin pararse a pensar más la besó.

—¡No! —le recriminó ella apartando la cabeza.

—Perdone —se disculpó Anselmo—, volveré a acostarme.

En su gesto de retirada, la mujer le tomó del brazo. Bajo el camisón aparecía menos llena de lo que había pensado.

—Quédate un rato conmigo.

—Hace frío aquí —señaló Anselmo.

—Bajaré contigo y encenderé fuego.

Así lo hicieron, y al poco tiempo se calentaban las manos con un tazón de achicoria. No tardaría en amanecer. Al abrigo de las mantas por los hombros se contemplaban sin decir nada.

—¿Cómo se llama? —dijo finalmente Anselmo.

—María.

La cocina se había caldeado y el brebaje les reanimó. Entonces ella se quitó la manta y la extendió en el suelo, se tumbó, y subiéndose el camisón hasta el vientre dijo:

—Hazlo...

Al amanecer, Anselmo abandonó el caserón camino de su compañía. No estaba triste ni tampoco alegre, pero la mañana le pareció más hermosa que la del día anterior. Las calles estaban desiertas y la neblina se mezclaba en los prados con las columnas de humo del vivaqueo de la tropa. En el puesto de mando, los preparativos eran presagio de un ataque inminente a las posiciones rojas. ¡Menos mal que me voy!, suspiró. Centenares de requetés descendían de camiones. Pertenecían al tercio "Lacar". Tomaban posiciones con sus banderas pintadas con el "Viva Cristo Rey" y sus "detente bala" en el pecho. ¡Esto va en serio!

Abordó el camión entre un tropel de soñolientos pero dichosos soldados. Saludó a un primera al que conocía bastante. Ambos iban a Burgos y comentaron esto y aquello, macutazos y otros rumores de guerra que siempre forman parte del bagaje de los soldados. Mediada la mañana, y en un alto para tomar un tentempié, Anselmo le contó a su amigo lo que le había pasado con aquella mujer.

¿Una que vive con un gato blanco? —le interpeló el primera.

—¿La conoces?

—¿La María?, es famosa en el pueblo.

—¡Qué dices!

—Sí, hombre, sí. A ver si te crees que eres el primero que ha pasado la noche con ella con esa excusa.

—¿Entonces, no es verdad lo que cuenta?

—Yo no sé..., pero hay quien dice que el tal Miguel fue un antiguo novio al que fusilaron los rojos.

—Y lo confunde con todos...

—¡Quién sabe...! Lo que sí te puedo decir es que otros opinan que al muchacho ése lo denunció ella misma a los milicianos, en venganza por una promesa de matrimonio no cumplida. ¡Cualquiera sabe!

—Pues sí que...

—Bueno —terminó aquí el soldado de primera con una sonrisa cómplice—. ¿Y de lo otro qué tal? ¿Buena la noche?

—Bah... Vamos a dejarlo.

—Bueno, hombre... ¿Qué?, ¿hace un trago? —y le pasó la bota.

DE LA SERIE, SUEÑOS DE AMOR NO CORRESPONDIDO:

El sombrero.

De Sáinz-Rozas

Don Secundino apareció bajo el dintel. Se acercó al mostrador del guardarropa y entregó la chapita numerada, la número tres, como todos los días. Fermín, el empleado, le devolvió el abrigo. Era un viejo abrigo de paño, al que ya una vez habían dado la vuelta. Don Secundino se lo puso con cuidado, encogió los hombros varias veces y cuando se sintió acomodado inició la salida del casino. Entonces, Fermín le llamó.

—Don Secundino, se olvida usted el sombrero.

—¿El sombrero? —dijo volviéndose—. Yo no uso sombrero.

—¿No usa sombrero...?

—No.

—¿Entonces...? —se dijo a sí mismo el empleado—. ¿Es usted el último, verdad?

Y era verdad. Don Secundino siempre abandonaba el casino el último. Matemáticamente, a las diez y media, se levantaba de su confortable asiento en el salón de fumar, cerraba el libro y repasando el lomo con cariño lo devolvía a su sitio en la biblioteca. Luego daba algunos pasos sobre el alfombrado suelo, se miraba la puntera de los zapatos, a veces se los frotaba contra las perneras, y salía en busca de su abrigo.

Fermín daba vueltas al sombrero entre las manos, parecía cavilar a quién podía pertenecer.

—Veamos... Don Alberto salió con él puesto, creo. El coronel Nuño llevaba su gorra militar, sí, lo recuerdo. El señor Tito con su boina, aquí no está, y en cuanto a usted, dice no usarlo.

—¡Caramba!, Fermín —le reprochó Don Secundino—, llevo aquí el tiempo suficiente para que te hayas dado cuenta de que no uso sombrero.

—¿Seguro? —insistió éste.

—¿Pero, hombre...?

—El caso es que no sé de quién es el sombrero.

Era un sombrero de fieltro, ni muy nuevo ni muy viejo, de tela gris y ligeramente raído el borde de las alas. Uno de esos sombreros de oficinista.

—¡Pues vaya un misterio! —exclamó Fermín con cara de tener un grave problema. Una conmoción en la cotidiana tranquilidad del casino.

—Vamos a ver... —quiso ayudarle Don Secundino—. ¿Quién salió primero?

—Don Alberto, como siempre —respondió en el acto Fermín.

—¿Y qué llevaba?

Fermín frunció el ceño, parecía hacer esfuerzos para recordar.

—Sí, llevaba el gabán que perteneció a su difunto padre, el señor Godofredo, y claro, también llevaba su ridículo sombrero.

—¡Fermín! —le reprendió Don Secundino.

—No ha tenido mucha suerte el señor Alberto —siguió Fermín sin darse por aludido—. Fíjese, lleva el mismo gabán que su padre, se diría que caminan los dos juntos cuando lo veo.

—¿Eso le parece?

—Aunque debo decirle que su difunto progenitor era más elegante, ¡señor!, qué modales los de aquel hombre, siempre lo recordaré, ¡y menudas propinas me daba!

—¿No me diga? —se sorprendió Don Secundino—. Con lo tacaño que es su hijo.

—¿Tacaño? es un ruin, un hombre incapaz de dar la mano por miedo a desgastársela.

—Don Secundino se sonrió, tenía el abrigo a medio abotonar y no parecía sufrir mucha prisa.

—Un hombre así nunca se hubiera dejado olvidado el sombrero.

—No, además lo usa para taparse la calva.

—Del coronel Nuño seguro que no es —reflexionó Don Secundino—, jamás le he visto de paisano.

—Sí, le horrorizan los trajes civiles. Se ve que espera la muerte con las botas puestas.

Don Secundino contuvo la sonrisa que le afloraba a las mejillas.

—Fíjese —añadió el empleado—, el otro día, sin ir más lejos, rebuscando en los bolsillos de su gabardina militar, encontré esto—. Y metiendo las manos bajo el mostrador sacó un pequeño revolver del veintidós.

—¡Pero hombre de Dios! —se escandalizó Don Secundino—. ¿Cómo hace usted eso? —e instintivamente metió las manos en los bolsillos de su viejo abrigo como si quisiera recontar sus pertenencias.

—Es mi oficio —aseguró Fermín con desparpajo. Miraba el revólver con cierta displicencia, luego lo volvió a depositar en la gaveta, bajo el mostrador.

—¿Cree usted que el coronel...? —inquirió Don Secundino llevándose un dedo a la sien.

—Desde luego, por eso se lo he quitado. Aunque él piensa que lo ha perdido.

—¿Tan mal le van las cosas?

—El retiro no es tan dulce como parece —sentenció Fermín.

—Seguimos sin saber de quién es el sombrero.

—Sí.

—El señor Tito salió un poco antes que yo, lo vi marchar —aseguró Don Secundino—, ¿llevaba su gorra?

—Creo que sí. En todos los años que llevo aquí, nunca le he visto con otra prenda en la cabeza.

—Sí, es un hombre muy metódico.

—No. Es que no tiene otra. Esa gorra se la regaló un familiar al poco de ingresar en el casino, si bien entonces portaba una borla de esas de lana, con el tiempo se desprendió.

—Pues eliminados los socios de la biblioteca, sólo nos queda saber si hubo algún visitante que pudiera habérselo dejado olvidado.

—Tiene usted razón, pero que yo recuerde no ha venido nadie, ¿quién iba a venir?

—Sí, ¿quién iba a venir?

—La mujer de Don Alberto murió hace años, además este es un sombrero de caballero.

—Y al coronel Nuño no se le conoce familia.

—Sí —recordó Fermín—. Salvo aquel joven de las milicias de complemento que vino a verle una vez. Un auténtico caballero, guapo, bien vestido... Pero no era de la familia, un alumno de la academia del alféreces provisionales, creo.

—¿No ha venido hoy, claro?

—No, no. Lo mataron en el frente.

—¡Ah!

—Pobre joven —se dolió Fermín—, todavía me parece recordarle sentado en uno de los sofás de la chimenea. El y el coronel hablaron de política, lo sé porque el coronel se enfadó, es un hombre muy conservador.

—¿No pidió el retiro con Azaña?

—Sí. Se negó a quitarse la corona de las insignias. Pero reingresó con el alzamiento.

—Bueno, pues estamos como al principio —comentó Don Secundino contemplando el sombrero—. ¿Me permite?
—añadió tomando la prenda?

—Está bastante usado, aunque bien cuidado —dijo después de examinarlo—. No sé por qué, se me hace para un empleado de banca. ¿Algún viejo amigo del señor Tito? —añadió recordando que éste había trabajado en el medio.

—¿Amigos? —se sonrió Fermín—, no tiene amigos y menos en la banca. Le expulsaron del Continental por cohecho.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo vive? ¿alguna pensión?

—Vive con una amante —musitó Fermín bajando la voz—. Una hembra pechugona. Un día estuvo aquí. ¡Señor!
¡cuánta pintura llevaba?

—¿Y el señor Tito a sus años...?

—Recuerdo las miradas que se le escapaban a Don Alberto. Una de las pocas veces que esto se ha animado. Lástima que usted no estuviera por entonces. Abrimos una botella de champán, Don Alberto recitó una poesía, y la fulana —aquí Fermín volvió a bajar la voz— se sentó cruzando las piernas, llevaba medias de nylon. De estraperlo, seguro.

—¡Caray!

—Entonces al señor Tito le iban bien las cosas, al parecer, su amiga ejercía..., ya me entiende.

—O sea, que el señor Tito la tenía de...

—¡Y con mucho éxito! Algunos socios le hicieron una visita.

—¡Vaya con el señor Tito! —se sorprendió Don Secundino.

—Sí, y eso levantó las iras del coronel que se propuso denunciarlo al patronato.

—¿Y no lo hizo?

—No, porque el señor Tito le amenazó a su vez con divulgar cierta historia..., hum..., desagradable, un desliz de cuando era profesor en la academia de alféreces provisionales.

—¿Un desliz?

—Un coqueteo con un..., con un alumno.

—¡Dios mío! ¿El coronel?

—Ya ve, lo guardaba en secreto, pero cuando el joven militar de que le hablé, le visitó antes de partir para el

frente, el señor Tito se encontraba en la biblioteca, y como la puerta estaba casualmente abierta, lo escuchó todo.

—¡Pobre coronel! ¿Qué golpe!

—No se lo puede imaginar, se puso rojo de rabia, aulló de indignación, quería batirse en duelo. Una verdadera escena.

—Me refiero a la muerte del joven militar.

—¡Ah! Lo fusilaron los mismos nacionales, alguien lo denunció y le detuvieron in fraganti. Una historia sucia. Se le echó tierra encima, pero intervino el coronel, en su contra, ¿quién lo diría, verdad?

—¿En su contra?, ¿no me diga?

—Sí, aunque el joven nunca lo supo. Los celos, ya sabe.

—¡Santo Dios! ¿Y cómo puede seguir en el casino después de eso?

—¡Ah!, como si nada. Pasamos todos una temporada mala porque coincidió con la muerte de la mujer de Don Alberto.

—Un golpe para el viejo.

—Ya lo creo, pobrecita. Le cortaron el pelo al cero, le dieron aceite de ricino y la pasearon por todo el Espolón. Murió de vergüenza.

—¿Un asunto político?

—Del socorro rojo, creo que dijeron.

—Pobre Don Alberto.

—Sí, desde entonces anda un poco trastornado.

—¿Y el coronel, no podía haber intervenido?

—¿Él, con la tirria que le tiene?

—Ya. Pero lo que no entiendo es como la mujer de Don Alberto..., con lo de derechas de toda la vida que es este pobre hombre.

—Fue una denuncia, alguien fue con el cuento de que tenía un hermano en la zona roja que le mandaba cartas con mensajes secretos. Una tontería, Lo único cierto es que su padre había sido de izquierda republicana. Además, quién la denunció se quedó con el piso dónde vivían.

—¿Pues quién fue?

—La fulana.

—¿La fulana?

—Sí, la liada con el señor Tito.

—¡Jesús!

—Tenía mucha mano entre los falangistas, hasta salió en una revista vestida de falange. Como el piso era muy grande, le venía bien para...

—Ya.

—Bueno, es tarde ya —dijo Fermín—, hay que cerrar.

—Sí —asintió Don Secundino perdidos sus pensamientos en la conversación.

Terminó de abotonarse el abrigo. Fuera había niebla a ambas orillas del río. En los muros que lo contenían se veía pintado con alquitrán, por tres veces seguidas, el nombre del caudillo. Fermín le abrió la puerta, luego cerró y guardándose las llaves, se frotó las manos de frío.

—¿Hace frío, eh?

—Hasta mañana —se despidió Don Secundino.

—Adiós —le respondió Fermín. Llevaba un chaquetón de cuero, se cubría la cabeza con el sombrero de fieltro, le sentaba como si hubiera sido suyo toda la vida. Al doblar la calle Santander se perdió de vista.

DE LA SERIE, SUEÑOS DE AMOR NO CORRESPONDIDO:

La Tía Juana.

De Sáinz-Rozas

— Leyenda Popular —

A principios de Enero, nevó abundantemente. El camino a la estación quedó cortado y los hombres se vieron obligados a palear la nieve hasta excavar una trinchera que permitiera el paso de las personas. Sí, fue un invierno muy duro. En los aleros, los carámbanos parecían los colmillos de algún ogro de los hielos. La fuente también se heló y la leña escaseaba. Las gentes llevaban muchas semanas sin cambiarse de muda y los niños se iban a la cama con ladrillos calientes enfundados en gruesos calcetines de lana. Hubo muchas tardes sin escuela e incluso algunos días en que ni la misma pareja de la guardia civil se atrevió a dar la consabida ronda.

La familia del señor Ignacio estaba pasando hambre. El señor Ignacio oficiaba de maestro fanegero en el pueblo. Esto era, que, no teniendo el pueblo maestro del Estado, el Ayuntamiento cedía en algunos municipios aforados esta labor a una persona instruida a cambio de un pago en especies, de ahí lo de fanegero, por las fanegas de trigo que recibía cada curso. El señor Ignacio tenía cuatro bocas que alimentar, su mujer y tres rapazuelos morenos, delgados y vivarachos. Hacía días que la escuela estaba cerrada por falta de leña, y por este y otros motivos, la mujer del señor Ignacio mantenía a sus hijos en la cama hasta muy avanzada la mañana. Así se evitaba el desayuno de los pequeños. El señor Ignacio cooperó de muy buen grado a despejar de nieve el camino que conducía a la estación del ferrocarril. Para él era vital esta comunicación. A cada cierto tiempo, un pariente, una tía lejana que vivía en la Argentina, les enviaba un paquete con provisiones. Y esta ayuda, que era esperada en su casa como si de un día de fiesta se tratara, podía ser en ocasiones lo único con que contaba su mujer para alimentar a la familia en muchos días. Algunas veces, a los paquetes seguían amables cartas donde la Tía Juana — así se llamaba su lejana benefactora—, amén de informarles de su delicada salud, se interesaba por sus sobrinos. No en vano eran su único nexos con la madre patria, de la que a muy tierna edad hubo de emigrar. ¡Ah, la Argentina!, se decía el señor Ignacio, cómo me gustaría partir hacia allá. Con el general Perón, ése, que tan malo no debe ser cuando tan bien les va. Pero eso sólo eran sueños. El señor Ignacio ni siquiera tenía permiso para abandonar el pueblo. Su pasado político... Empero, en las cenas —parcas—, cuando la familia se reunía en reverente fruición alrededor de los a menudo exóticos manjares llegados allende los mares, el señor Ignacio tenía a bien hablarles a sus hijos, sobre todo al mayor, que leyendo ya con desparpajo recibía el honor de leer en alta voz las cartas de la Tía Juana, tenía a bien, digo, comentarles las excelencias de aquél lejano país que en tiempos pasados fuera posesión española. ¡Qué alabanzas!, todo era poco para ensalzar las maravillas que el señor Ignacio aseguraba a sus hijos se encontraban en las costas del Río de la Plata. Y esta palabra, plata, evocaba en sus hijos un sinfín de riquezas, como mantequilla enlatada, carne en conserva, o sabrosas sopas... ¡Algún día iremos a verlo!, les prometía invariablemente antes de acostarlos.

En marzo llovió, y de las cumbres cercanas los riachuelos se llenaron de furor y remontando las grandes piedras

de las torrenteras se descargaron con ímpetu sobre el río, cambiándole el color y la fuerza. Los prados se encharcaron y las calles se llenaron de un lodo profundo, para desesperación de las madres que pese a sus desaforados gritos, no podían impedir que los niños lo pisotearan alegremente. La radio dijo que en el Levante había inundaciones y que todos debían ayudar con un donativo. El señor Ignacio dibujó un bonito termómetro donde la temperatura —en un rojo chillón— subía una peseta por grado. Se alcanzaron los veinticinco grados con cincuenta céntimos. Lo que era mucho en un pueblo donde ningún niño había visto jamás un billete de mil. Se decía que el señor Barriocanal tenía uno bien guardado, y eso no es de extrañar porque era el más rico del pueblo.

La familia del señor Ignacio seguía pasando calamidades aunque menos. La primavera estaba al caer y con ella la leche de la vaca recién parida que generosamente una madre le regalaba, o el rico requesón, o unos torreznos e incluso unas morcillas. A finales de abril recibieron un paquete de la Tía Juana. En buena hora porque a más de que desde el último envío había transcurrido más tiempo del habitual, la penuria se había agudizado esa semana. Era un paquete más grande de lo corriente, y todo fue dicha y gritos de júbilo cuando el señor Ignacio regresó de la estación con él bajo el brazo. Lo abriré esta noche..., dijo muy serio a la pequeña tropa que ramoneaba en su turno, tirando del cordel o disputándose el sello para las misiones. Y así fue, al calor del fogón, el señor Ignacio deshizo con cuidado el atado, rompió el misterioso pero atrayente sello de lacre y desdobló el crujiente papel de envolver. Apareció entonces la caja de cartón acanalado con que la Tía Juana protegía las viandas, y abierta aquélla, unas hojas de periódico que si bien estaban impresas en castellano, por la raro podían ser las noticias de Australia. Salió a relucir la leche condensada, los paquetes de tallarines —unos fideos tan grandes como juncos—, los sobres de flanín, los bizcochos —¡americanos!—, las latas de carne, las sopas de bote, el chocolate también americano... y..., ¡qué sería aquello!, una caja de un elegante color azul con un precinto cárdeno formando un lazo elegante. La mujer del señor Ignacio la sopesó con un brillo en los ojos.

—¡Ábrela! —le pidió a su marido. Y la emoción se reflejaba en su avejentado rostro.

Con mucho cuidado, el señor Ignacio quitó el lazo doblándolo y dejándolo a un lado, retiró la tapa de la caja y encontró un envoltorio de papel de plata cuyos satinados resplandores aún hicieron cobrar más esperanzas a su mujer. El señor Ignacio dudó un momento si romper el magnífico envoltorio.

—¡Anda hijo, abre —le reprochó su mujer.

—¡Calma!

Rasgó una esquina con un cuchillo, amplió la abertura y dejó a la vista un extraño polvo gris.

—¿Qué es, papá? —le preguntaron los niños.

—No lo sé, ¡coño! —se enfadó el señor Ignacio por la premura.

—¿Será una sopa? —aventuró la mujer.

—¡Pues claro!, ¿qué va a ser?

—¿Y cómo la hago?

Pero la caja no traía ningún tipo de instrucciones, no había ni una sola letra en todo su contorno.

—Pues... —dudaba el señor Ignacio—, como las otras..., como esas americanas, calentándola con agua.

Y viendo que sus hijos merodeaban peligrosamente alrededor de las viandas, añadió: ¡Venga, venga, retira todo esto!

Aquella noche la cena fue más agitada que de costumbre. La mujer del señor Ignacio puso los platos sobre la mesa, cortó unas finas rebanadas de pan y sirvió la sopa. Tenía un aspecto cremoso. Los niños dudaron de meter la cuchara en el plato.

—¿Está sosa? —preguntó su madre desde el fogón.

El señor Ignacio probó una cucharada, no sabía a nada pero pasaba por la garganta con contundencia. Añadió sal y volvió a probar. No variaron mucho las cosas. Sus hijos le miraban sin decidirse.

—Venga, a comer.

—Yo no quiero —dijo el menor.

—¡Vamos!

—Es que pica, papá —terció el mayor.

—No quiero oír ni una palabra, hasta aquí podíamos llegar, ¡desagradecidos!

Cuando la madre la probó puso mala cara.

—A lo mejor la hemos hecho mal.

—Sí, hombre —se irritó el señor Ignacio—, dales argumentos a los niños.

Hubo llantos y un cachete antes de terminar la cena, pero todos se la comieron. Sin embargo, la mujer del señor Ignacio escondió en un hueco de la alacena el sobrante. No le convencía aquella sopa americana. A lo mejor, en la próxima carta, la Tía Juana les decía cómo había que prepararla.

Pero la misiva tardó en llegar. Fueron muchas las veces que el señor Ignacio bajó a la estación y se sentó en un banco a esperar al correo fumando un cigarro a la vera del guardagujas, mientras comentaban que la mujer del Cosme estaba fuera de cuentas y que el hijo del Martín había vuelto en un barco de la Rusia con dos dedos menos que se llevó el frío. Al paso del tiempo, el señor Ignacio espació sus paseos hasta la estación. Los problemas cotidianos le hicieron olvidar una poco a la Tía Juana y además el ayuntamiento le proveyó de parte de su salario, con lo que pudo pagar sus deudas y adquirir las cosas que tanto necesitaba. Una tarde hasta llevó a sus hijos a

Medina a ver una película donde un pulpo gigante se abrazaba a un exótico submarino mandado por un capitán hindú y loco. ¡Qué emocionante!

La cigüeña volvió a anidar en la torre de la Iglesia, los días se hicieron más cálidos, y fueron a coger caracoles una tarde que hubo tormenta. Y en la pascua, los hijos del señor Ignacio se comieron el bollo cocido con chorizo entre las zarzas del río, espionando a los mozos y mozas que se manoseaban al resguardo de los breñales. Empero, un día subió al pueblo el guardagujas y le dio al señor Ignacio una carta de la Argentina, quien se la metió en el bolso de la deslucida chaqueta y sólo a su regreso a casa, casi anochecido, se la dio al hijo mayor para que la leyera. No era la letra de la Tía Juana y eso les extrañó. Habían acabado de cenar y mientras el señor Ignacio se echaba un pitillo repantigado sobre su silla favorita y su mujer fregaba los cacharros, el rapaz dio comienzo a su lectura:

Estimados señores —leyó con alguna dificultad—. Al recibo de ésta se extrañarán de que no sea su pariente quien personalmente les escriba, pero las circunstancias lo impiden. Mi nombre es Alberto Flores y fui durante muchos años vecino y amigo de su tía. Tengo el penoso deber de comunicarles que su tía Juana ha fallecido...

El niño se detuvo en su lectura, el señor Ignacio se quedó con el cigarro colgando de los labios y su mujer dio un gran suspiro.

—¡Jesús! ¿Y qué vamos a hacer ahora?

—¡Calla! —dijo su marido—. Quizá nos haya dejado algo —y le ordenó a su hijo seguir.

Fallecido... —continuó el chico—. Los pormenores no vienen al caso, supongo que ustedes sabían de su mala salud y precaria situación económica. Ajustadas las cuentas de sus funerales y otros gastos, apenas quedó plata para saldar sus deudas...

—¡Este nos ha fastidiado! —exclamó el señor Ignacio—, seguro que se ha quedado con todo.

—¿Sigo? —preguntó el hijo mayor. Y siguió:

Teniendo en cuenta, sin embargo, que el mayor deseo de la finada era reposar en España, y no disponiendo yo tampoco de los recursos necesarios para enviarles sus restos, me tomé la libertad de incinerar su cuerpo y mandarles las cenizas junto con las provisiones que amorosamente su tía recogía para ustedes y que por culpa de su enfermedad aún no había tenido tiempo de empaquetar. Nada más. Un saludo afectuoso. Atentamente suyo...